

debemos el monumental *Epistolario* en tres volúmenes, condensación de treinta y cuatro años, y una curiosa colección de *Artículos desconocidos*: formaban parte del texto de *La América*, revista que fué de Martí en Nueva York; "nada lleva su firma, pero todo revela su mano". A Carbonell, en quien el fervor es de tradición familiar, le debemos dos colecciones de artículos publicados en Venezuela: *España* y *De la vida norteamericana*. Cosechó también, de nú-

meros antiguos de *La Nación*, en Buenos Aires, correspondencias de Martí que ha reimpreso en revistas. Pero en *La Nación*, de 1882 a 1890, hay todavía correspondencias intactas: tal vez exceden en número a las recogidas. ¡Y de *La Nación* procede el *Grant*, una de las páginas inmarcesibles! ¿Sería mucho pedir que la Argentina contribuyese a completar la obra de Martí desenterrando aquellos escritos suyos?

Pedro Henriquez Ureña

La esclavitud actual

— De *El Sol*. Madrid —

"Imposible dormir" . . . "¿Qué demonio me ha empujado al Africa?" . . .

Andrés Gide, el escritor famoso, tal vez el primero entre los actuales novelistas franceses, se revuelve insomne bajo su mosquitero, en una noche de luna, allá en la aldea de Bambio, situada hacia la mitad de la inmensa selva ecuatorial que va de Bangui a Nola, en la región del Congo. No le desvelan los insectos, ni el grito de algún animal desconocido, ni los rumores inquietantes del bosque. Otra cosa le obsesiona.

"El baile de Bambio embruja mi noche— anota el viajero en su cuaderno—. ¿Qué he venido a buscar en este país?"

El viaje al Africa fue para Gide un sueño de los veinte años. No lo ha realizado hasta ahora, entre los cincuenta y los sesenta.

—¿Y qué es lo que usted va a buscar allá abajo?—le preguntaban durante la travesía.

—Espero a estar allá abajo para saberlo.

De muchacho quizá buscaría aventuras. Ahora, en su madurez literaria, acaso prefiriese paisajes. Pero la realidad ha sido muy otra. Ni aventuras ni casi paisajes. Después de todo, ya debíamos haberlo previsto. Nada acaba por ser menos interesante que lo extraño, lo enorme, lo exótico. Todos los problemas negros se parecen. Monótono rebaño humano. La selva informe, confusa, caótica, en la que no se ve a cincuenta pasos, es siempre igual. Se respira al salir de ella para reposar la mirada en un paisaje de vegetación relativamente pobre, "volviendo a hallar colinas distintas, inequívocas laderas, bosquecillos de árboles armoniosamente dispuestos" . . . Un paisaje vulgar . . . que podría ser europeo.

¡Pero el baile de Bambio! . . . Los relatos que Gide escucha y recoge escrupulosamente sobre el terreno coinciden todos. Unas semanas antes, varios indígenas recolectores de caucho, obligados a trabajar por fuerza al servicio de los blancos, no habían traído la cantidad de kilos exigida y fueron condenados a dar vueltas alrededor de la factoría bajo un sol de plomo y cargados con gruesas vigas de madera. El baile empezó a las ocho de la mañana y duró todo el día. Los que caían era incorporados a latigazos. Hacia las once, un negro de Baguma se

desplomó para no levantarse más. Pero el baile prosiguió bajo la mirada de ojos europeos y en presencia de todos los habitantes de Bambio y de los jefes de las aldeas vecinas.

Andrés Gide, durante su estancia en el Congo, había visto y oído ya otras cosas semejantes. Explotación de los negros, trabajo forzado, requisita violenta, crueles castigos, represalias terribles. ¡Aquella expedición punitiva en la que se habla de un millar de muertos, hombres y mujeres, niños y viejos, y tras de la cual los ejecutores indígenas trajeron como comprobantes las orejas y otros miembros de las víctimas! . . .

Camino de Bambio, Gide ha visto los grupos de mujeres negras con el niño al pecho y el cesto lleno de tierra en la cabeza, obligadas a trabajar, sin herramientas adecuadas, en la construcción de las carreteras.

Recuerda el hambre y la miseria de los indígenas. Las horribles enfermedades que despueblan algunas comarcas . . . ¡Pobres negros!

Verdad es que algo se lucha contra estos males. También, a veces, manda Europa funcionarios excelentes a las colonias. Falta personal, falta dinero. Algo, sin duda, van mejorando las cosas. Pero, a pesar de todo, ¡pobres negros! . . .

"Yo no podía prever—escribe Gide en una nota de su libro—que esas cuestiones sociales angustiosas, que no hacía sino vislumbrar, tocantes a nuestras relaciones con los indígenas, me ocuparían pronto hasta convertirse en el principal interés de mi viaje, y que yo encontraría en ellas la razón de mi estancia en este país".

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.
En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:
En el extranjero: 5 dólares al año.

Cuando, en su reciente asamblea, la Oficina Internacional de Ginebra discutió la cuestión del trabajo forzado en las colonias, todos los delegados deberían haber tenido sobre su pupitre un ejemplar de este *Viaje al Congo*, de Andrés Gide.

El problema quedó en suspenso, aguardando los resultados de una información que se ha de realizar en los diversos países. Más tarde, en la próxima reunión, la Oficina Internacional del Trabajo se esforzará en resolverlo.

¿Cómo podrá penetrar la civilización en esas tierras salvajes si sus habitantes se niegan a construir los caminos, trasportar los materiales y mercancías y realizar las obras públicas? He ahí el argumento con que se pretende justificar el trabajo obligatorio impuesto a los indígenas. Quieran o no, se les captura y alista y se les fuerza a una labor penosa, por un salario mísero, en condiciones con frecuencia inhumanas, y a veces en beneficio de Compañías particulares y Empresas concesionarias. Tal ha sido y es todavía el régimen en algunos territorios coloniales de las grandes potencias.

En ocasiones, los indígenas contestan a este régimen de prestación obligatoria, forma moderna de la esclavitud, huyendo en masa, abandonando sus propias plantaciones y refugiándose como fieras en la selva.

Piensa Gide que el negro es indolente y perezoso a causa, en gran parte, de su misma miseria y servidumbre. Un trabajo libre, bien retribuido, le atraería. Sobre todo si al lado de la factoría, vendiendo telas, utensilios y herramientas, despertaba en él los deseos y las necesidades de la civilización. Así, por ejemplo, en Bangasu todas las mujeres, limpias y sonrientes, lucían corpiños y faldas de percal de vivos colores. "¿Debemos llegar a la conclusión de que este pueblo negro no espera más que un poco de dinero para vestirse?"

Esta cuestión del trabajo forzado, discutida bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones, plantea el más amplio problema de la tutela, dura tutela, que la raza blanca ejerce sobre los pueblos llamados inferiores. Sólo podría con justicia apoyarse en una obra positivamente civilizadora y en una verdadera superioridad moral.

De esos temas se hablará ahora mucho en el mundo. Con los modernos medios de comunicación, el planeta se va haciendo tan pequeño que ya las selvas del centro de Africa están pronto a dos pasos de Europa. Parece además que uno de los grandes fenómenos sociales del siglo xx será el despertar de pueblos primitivos y viejas civilizaciones de Asia y de Africa. Convendría que no pudieran ver en la raza blanca una enemiga, sino una colaboradora.

"Cuando menos inteligente es el blanco, más torpe le parece el negro", dice el autor del *Voyage au Congo*. Cuanto mayor sea la cultura de una raza, con más paciente empeño debe favorecer en las otras la extensión de esta cultura y el florecimiento de culturas diferentes.

Luis de Zulueta